



Nancy Leigh Reusche. Archivo: Mónica Bazán

Nancy Leigh Reusche (1940-2021)

Cecilia Bákula Budge

Pontificia Universidad Católica del Perú
ceciliabakula@gmail.com
 Lima-Perú

A veces, como en este caso, nos cuesta escribir sobre una persona tan querida y amiga, sobre todo cuando miramos su foto sabiendo que en la mirada nos encontramos, pero de una manera que se aferra a los recuerdos, las vivencias, las gratitudes y los aprendizajes.

Nancy fue, para muchos, como para mí, una extraordinaria amiga; omnipresente sin invadir, generosa y constante, alegre, ocurrente y con una solución en la mano para los problemas más curiosos de la vida diaria y profesional. Muchos la conocimos asociada al arte y al trabajo con obras de arte; también por su respeto a los artistas, a su producción y su creación, y a los galeristas, en tanto representaban a los creadores. Tuvo una capacidad innata para comprender que su paso por este mundo debía darse y quedar en el recuerdo de la amorosa eficiencia con que trabajó en el delicado proceso de tratar, llevar, trasladar y cuidar obras de arte. No es un exceso decir que muchos de nosotros, desde la labor particular o la institucional, solíamos decir: “¡Si no lo hace Nancy, no!”, porque en ella se confiaba a ciegas, y entregarle un objeto de patrimonio era tener la certeza de la labor más dedicada, responsable y seria. Nancy amaba el arte y el patrimonio cultural, y no escatimó esfuerzos en que su trabajo fuera el mejor, el más profesional, moderno, actualizado y serio.

En ese universo se desarrolló, también, su habilidad exquisita para el trato humano, para las relaciones personales, para hacerse presente con detalles de cariño inmerecido, para el equilibrio en los momentos tensos; se convirtió en amiga de todos, en colaboradora cercana y en una silenciosa mano que apoyaba con gratuidad y generosidad, aquellas causas en las que su aporte marcaba la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Y, así, ella se fue forjando y especializando en un campo de trabajo que la enriqueció como ser humano; le demostró su capacidad gerencial y administrativa, la colocó en la cúspide empresarial, le permitió reconocimiento nacional e internacional y, gracias a ella, el patrimonio cultural del Perú se movía por el mundo, con estándares envidiables en cualquier latitud.

Viajar con ella fue siempre un deleite. Tenía el ojo adiestrado para el detalle, la risa fácil, el acomodo a cualquier situación. ¡Cómo no recordar el viaje a Sevilla! Lleno de aventuras. Las escapadas al interior del país, los planes y sueños, su charla amena, su espíritu de servicio y la alegría de su sonrisa.

La quisimos mucho y es por eso que estas líneas desean ser homenaje a la persona y recuerdo entrañable de la amiga. ¡Cuánto nos hemos reído, cuánto hemos llorado y qué horas infinitas de sueños dejamos en las conversaciones!

Su obra queda en N. Leigh Transporte de Arte, que transmitió y legó a sus hijos, no como un negocio ni como una empresa. No me equivoco al decir que les enseñó que era un apostolado lo que ella ponía en manos de la siguiente generación. Y allí está Nancy, en sus hijos, en cada cuadro, en cada objeto de arqueología, en cada escultura que cuidó, embolsó, trasladó y amó con inmenso respeto, y en cada persona de la entidad que lleva su nombre, con quienes entabló una relación hermosa, en la preocupación por la formación, el ascenso y la atención a cada uno.

Ya no escuchamos su risa, ya no suena el teléfono, ya no me amenaza con una parrillita, ya no la veo los sábados, pero, como yo, muchos nos seguimos reflejando en su amistad, en su mirada limpia, en su calidad profesional y en su eficiente responsabilidad.

Gracias, amiga querida. Diste el gran paso un poquito antes que quienes leen estas líneas. Quizá tú también puedas leerlas en nuestras lágrimas, en los vacíos que han quedado y en el entrañable abrazo que queremos darte hoy.



Harry Chávez. *Corazón Amazónico*. Murano sobre aglomerado de 18mm. 88 x 33 cm., 2021. Colección de la Universidad Ricardo Palma